

El Ojo Breve / Reflujo

Por Cuauhtémoc Medina
REFORMA

(14 Abril 2004).-

Yoshua Okon, HCl, Galería Enrique Guerrero. Horacio 1549 A, Polanco.
Lunes a Sábado. Tel. 52802941

Hasta el 22 de abril.

HCl, la nueva instalación de Yoshua Okon, busca por sobre todo despertar el disgusto. Toda aproximación a la obra se ve antecidida y permeada por el asco, ya el intento de proveerla de algún grado de reflexión, ya las ganas de desdeñarla por su banalidad intrínseca o de asimilar el humor rancio que despide.

La instalación, que cruza de lado a lado la estrecha sala de exhibición de la Enrique Guerrero en Polanco, es ni más ni menos que una máquina que hace fluir vómitos que el artista obtuvo, según dice, de 20 personas bulímicas. Una tubería transparente de acrílico, de unos 20 centímetros de diámetro pone en exhibición a la altura de los ojos un líquido parduzco que circula impulsado por una "bomba de líquidos espesos".

Los fluidos siguen procesándose dentro del mecanismo, dejando escapar un olor penetrante y ácido, que se acentúa por el goteo derivado de las imperfecciones de la instalación. Más allá de las alusiones al drenaje, o la referencia a la bulimia como mal de las sociedades de hiperconsumo, HCl es fundamentalmente la sobreexposición de su materialidad abyecta.

El título mismo de la pieza es una mera referencia química: HCl, es la notación de una de las sustancias más corrosivas del planeta, el ácido clorhídrico. Claro está, es uno de los componentes fundamentales del proceso de la digestión, y el responsable principal del detestable olor del vómito. Juzgar de bueno o malo el flujo de este proceso interrumpido de digestión sería un tanto ridículo.

La crudeza de la sensación (y/o la un tanto inalcanzada ambición de shock que pudiera albergar el artista) no deben distraernos del hecho de que ésta es una obra del todo factible en el territorio cultural del presente. Tan hipócrita sería pretender que la obra de Okon no sugiere un cierto regodeo con el asco del espectador, como simular un horror exagerado. Es por demás sabido que el arte contemporáneo expresa crecientemente la preocupación cultural general por los fluidos y procesos corporales.

Por un lado, se trata de un arte que ocurre en una sociedad cada vez más adicta a una cierta codificación corporal, donde no por casualidad ansiedades e ideales se expresan ya por la vía de la obsesión higiénica por evitar toda contaminación y roce con los fluidos del otro, como por la extendida preocupación por la alimentación y el peso. Okon mismo parece haber derivado la idea de su pieza de la frecuencia con que los medios abordan la temática de las obsesiones alimenticias como la bulimia.

En efecto, la profusión mediática de estas obsesiones pareciera expresar una especie de placer colectivo, que veladamente dispone al consumo público referencias que, en otro tiempo y lugar, hubieran parecido intolerables.

Quizá la instalación de Okon pudiera verse como una representación de la circulación pública de vómito que ocurre en los medios obsesionados por examinar al mínimo detalle la epidemia contemporánea de bulimia.

Escudados en el pretexto del interés médico, esos discursos sociales son sensacionalistas en el sentido más puro: explotan el efecto electrizante de una sensación epidémica. Consumo velado, similar al modo en que las imágenes sexuales se transmitían en el pasado también disfrazadas por discursos científicos y artísticos. Y claro está, el arte opera en relación y tensión con los gustos de una época.

Sin embargo, este mismo proceso tiene lugar al interior de la definición de la obra de arte, que se ve regularmente obligada a reconocer la abyección como su reverso y fantasma. Pareciera lógico que una vez cumplido el proceso de la de-sublimación de la obra artística (una vez que el arte tiende crecientemente a exhibir y explorar "lo real" en lugar de producir un proceso de simbolización o abstracción) el artista se detenga a examinar la relación entre creación y excreción. Mas jugar a romper tabúes sociales, e independientemente de cuan logrados nos parezcan como objetos culturales, las obras que tienen como materia (y material) al fluido corporal abundan en los museos y galerías.

La máquina de Okon no es única. El artista belga Wim Delvoye se hizo famoso en el 2000 cuando, tras años de investigación, exhibió una máquina titulada Cloaca, que procesa alimentos para convertirlos en excrementos. La producción cultural de mierda de Delvoye no sólo constituía un momento en la tradición de obras derivadas de las famosas latas de Merde d'artista (1961) de Piero Manzoni, que contienen heces del propio Manzoni, sino un intento por representar la noción de que al arte lo caracteriza ser una producción de absoluta inutilidad.

Consciente o inconscientemente, parecía sugerir que el proceso artístico consistía en una alquimia invertida que ahora transformaba el oro en excremento.

Más allá de expresar las ansiedades y referencias de un cierto momento, obras como ésta vienen a recordar la curiosa relación de referencia y censura que la estética occidental plantea con relación al cuerpo. Debe haber razones poderosas para que la cultura europea escogiera el sentido del "gusto" como referencia a la atracción del refinamiento cultural. En cualquier caso, esa decisión preparó el terreno para que el asco acabara también planteado como equivalente de toda repulsión. La máquina de Okon carece, claro, de la ambición teórica y la complejidad tecnológica de la Cloaca de Delvoye. Sin embargo, no deja de sugerir una imagen sobre la regurgitación de referencias y símbolos en que consiste el sistema entero de lo cultural.